
Ángel Barón

Lecturas ecologistas

En torno a *Contra el mito del colapso ecológico*, Emilio Santiago, ARPA 2023, y a *Ecologismo: Pasado y Presente*, Jorge Riechmann, Catarata, 2024

Lo mejor de ambos libros es su actualidad, la forma en que recogen el presente, su carácter de aldabonazo revulsivo, provocador. Y lo peor del libro de Emilio Santiago es su título. Cae en la trampa de la modernidad, de decir en una frase lo que debe matizarse en un desarrollo. Se pasa de intensidad y ambigüedad en la dirección del significado, pues permite una lectura literal, negacionista, del desastre creciente al que nos dirige el sistema en que vivimos. El colapso ecológico, como cuenta el autor ya en la introducción, es una tendencia, en absoluto un mito. En la tercera página, el autor escribe "*En pocas palabras, nos hemos convertido en cobayas de un experimento planetario que está fuera de control*". Una mirada objetiva de nuestra relación con el bioma en que estamos insertos nos recuerda el viejo proverbio griego: "Aquel a quien los dioses quieren destruir, primero lo enloquecen". Somos una especie enloquecida, desmesurada y soberbia, poseída por nuestro *hybris* científico tecnológico que está socavando el suelo en que se sustenta. Los seres humanos, desde un punto de vista de nuestro consumo de energía metabólico en el bioma, parecemos ser 500.000 millones actuando en el planeta, en vez de los 8000 millones que somos, y nuestra huella sigue creciendo al día de hoy. Y el efecto del libro de Emilio Santiago ha sido agitar las aguas, profundizar la división entre las personas conscientes del creciente desastre ecológico civilizatorio. También podríamos describirlo como la enésima rasgadura de la vestimenta ortodoxa de los puros. Se acumulan las tomas de postura de los que no lo han leído entero, la indignación sobrepasa la discusión.

Pero el debate de cómo convencer a la mayor cantidad de personas, de cómo frenar esta locura de maquinaria capitalista extractiva y destructora, está encima de la mesa. Al día de hoy no existe ni una referencia internacional organizada ni una corriente que recoja el movimiento de cambio social y político que nos permita vislumbrar una salida a corto o medio plazo, los avances son parciales, defensivos, y a nivel de instituciones son en general formales, declarativos. Es esencial construir una alternativa política ecologista internacional y masiva.

Conocí del libro de Emilio Santiago por sus críticas, en particular por el largo artículo de Jorge Riechman de respuesta desde el rigor del análisis de lo muy enraizado que está la ruptura de los límites del equilibrio del bioma en nuestra actividad humana, de la insostenibilidad de la misma, y de la necesidad de cambiar de forma radical nuestra relación con el planeta (1).

Lo abordé con la prevención de esperar una justificación benevolente del Capitalismo Verde como forma de seguir manteniendo el sistema, amparado bajo la consigna del *Green New Deal*. Pues en el pantanoso terreno entre el decrecimiento más o menos rural, el uso de la tecnología, nuestra dependencia de la intensidad energética y la sostenibilidad del sistema está el meollo de la alternativa. Y por propia lógica no vale una solución que no sea inclusiva, en la que quepamos todos los humanos. Sería insostenible. Nuestra relación con Gaia, con el planeta, no conoce fronteras, y el poder de los mercados capitalistas tampoco. Y debo reconocer que he encontrado en el libro conclusiones a las que había llegado, y que me parece acertada su tesis central: situar la inevitabilidad de colapso ecológico de nuestra civilización, de nuestras ciudades y estados, como alternativa política es desmovilizadora, contraproducente, acientífica, desmedida y asocial. Escribo porque recomiendo su lectura. No se puede otorgar a las tendencias el valor que le corresponde a la voluntad humana. Es mal camino para construir dicha voluntad social. No está escrito que seremos incapaces de resolver la crisis, aunque pinta muy mal, y cuanto antes construyamos la voluntad de cambio nos irá mejor en la transición que tenemos delante.

El centro del debate está en la pregunta de cómo saldremos de este periodo. Si acabaremos con la vida humana y con la de los animales superiores, si superaremos la extinción del pérmico, que se llevó por delante a más del 95% de las especies del planeta, si dejaremos esto en la sopa de bacterias y hongos de la era arcaica de hace 2500 millones de años, si el colapso que anuncian las curvas del modelo de futuro que se predijo hace 50 años desde el informe "Los límites del crecimiento" (1972) y se va cumpliendo de forma razonablemente precisa acabará con la organización estatal, con la regularidad del clima de los últimos 12.000 años o con toda la vida. A pesar de que pueda aparecer como la discusión de

los conejos de la fábula de Iriarte sobre si son galgos o podencos los que les persiguen, no es asunto de matices. Los llamados colapsistas insisten en que nos jugamos la vida humana. Yo me alinee con los que estiman que se pasan en su análisis de tendencias hacia el infinito. No es imposible, pero no parece una guía para la acción.

Vivimos en una crisis de modelos, de propuestas políticas de liberación que sean viables, sí, pero sobre todo atractivas para la movilización. Enfrente tenemos el crecimiento de la extrema derecha y el discurso de la derecha neoliberal, negación de lo que vamos sabiendo sobre nuestra huella, falsa ilusión que como alternativa de futuro propone un retorno al pasado que no existió, que las cosas no cambien, que cada clase media de cada país pueda mantener su tren de vida en su territorio cada vez más insolidario y encerrado. Mientras se promueve que las fronteras impidan el flujo de personas se mantiene la maquinaria de acumulación de capital y destrucción del medio. Erosión de libertades y derechos, empobrecimiento creciente, aumento de la exclusión, aumento acelerado de los desajustes climáticos, pérdida de la biodiversidad y mayor incertidumbre es lo que trae el *business as usual*. Adormecimiento y generación de miedo y odio, tambores de guerra cada día más estridentes, nuestro momento actual.

El libro parte de la obviedad de que enfrente necesitamos un discurso político ecologista, un discurso ilusionante, que sea capaz de dar la batalla de las ideas más allá de la crítica. En el centro está la pregunta de si hay futuro civilizatorio para nuestra especie, de si seremos capaces de revertir la dinámica actual, o, más exactamente, cómo y cuando. No es lo mismo un futuro de planeta con 4-5 grados de temperatura media más alta de la actual, desertizado, con continentes en los que no se puede vivir, con una capacidad mucho más limitada de soportar los 10.000 millones que seremos en unas décadas, que una estabilización en un nivel más soportable, con una menor

pérdida de biodiversidad. Cito: "*Si la temperatura se dispara cuatro cinco grados más por encima de los promedios actuales, lo más probable es que la aventura humana llegue a su fin*" (p. 17). Y el autor reconoce, como es sabido, que en unos pocos decenios, cada día menos, nos lo jugamos. "*Los plazos son muy ajustados... al ritmo actual de emisiones, ... en una década habremos consumido el espacio de seguridad climática de todo un siglo*" (p. 17). Partimos de un diagnóstico terrible. Seguimos yendo en la dirección contraria. Debemos decrecer, nuestro modelo de progreso, de ganar más cada año, de viajar más, de consumir más, no es viable. Nos estamos comiendo la herencia de nuestros hijos y nietos. Más exactamente, los ricos y acomodados están-estamos expropiando no solo a la gran mayoría, la que no viaja en avión, sino también al futuro de nuestra especie mientras esquilamos el capital natural de la tierra. En eso no hay discusión en el movimiento ecologista, cada día los desajustes de nuestra relación con el medio van convirtiéndose más y más en desajustes climáticos, los inviernos retroceden y las sequías aumentan, mientras devoramos biodiversidad.

El asunto es qué modelo planteamos, porque desde el comienzo de mi interés por la política en los años 60 y 70 del siglo pasado, he sido testigo de la incapacidad de la autodenominada izquierda transformadora para articular propuestas de transformación con arraigo. La magnificación de las tendencias, la imprecisión en las escalas en el análisis, el desdén por las alternativas políticas cotidianas, la negativa a ningún pacto, a responsabilizarse de la gestión de los asuntos públicos, la negativa a pactar conquistas parciales, a descender y trabajar lo concreto, la ha mantenido en la marginalidad, y no ha evitado que tanto análisis de trazo grueso la lleve a apoyar no pocas veces a líderes dictatoriales o falsas alternativas. Y es precisamente la demora en haber puesto en pie un sistema social que permite manejar la desbocada máquina

productiva-destructiva en la que estamos inmersos la que exige no abjurar de las mediaciones diarias, centrarse en las alternativas concretas, impulsar y saludar cada paso adelante. Pues el capitalismo desde los ojos de Gaia es una maquinaria destructora de los equilibrios naturales que usa el motor de la tecnología con el combustible de la codicia e insolidaridad humanas. Hemos llegado a la crisis de sobreproducción del sistema, que Gaia va a reajustar, devolviendo la destrucción de los humanos con una destrucción/reajuste de su equilibrio metabólico.

Citando de nuevo "*el colapso no puede resignificarse. A su uso común no se le puede adherir ni un gramo de esperanza... Pero para hacer política, el colapsismo vive atado a una idea que lo condenará siempre a una extrema marginalidad... La mayoría de las personas conservan el olfato histórico suficiente para saber que, si el orden moderno se hunde, su vida cotidiana y la de aquellos a los que ama, en caso de sobrevivir, se volverá dolorosa, penosa y espeluznantemente peor*" (p. 153).

El libro escarba en los precedentes del catastrofismo socialista, que atravesó debates en la II y en la III Internacional en la primera mitad del siglo XX, señalando los préstamos conceptuales, el abuso metodológico del recurso a la totalidad, con la tentación de la inevitabilidad histórica del derrumbe del capitalismo, bajo el peso de sus contradicciones. "*Una creencia en que el desarrollo de los acontecimientos sociales, y por agregación el curso de la historia de la humanidad, responden al desenvolvimiento de realidades 'duras', que conducen la dirección caprichosa e inconsistente de lo social como un lecho de roca conduce un río*" (p. 111). La cita de Gramsci con la que cierra ese capítulo, cambiando los conceptos de estructura económica por energía neta y de revolución proletaria por transición ecológica sitúa en el terreno de lo real, de la acción en manos de los seres humanos, la construcción del futuro, eliminando cualquier fatalismo y devolviendo la construc-

ción de lo nuevo al terreno del deber y la conciencia, individuales y colectivos, el campo de la acción social en el que nos lo jugamos.

El libro desmonta el ejemplo del "periodo especial cubano" como muestra de civilización viable con un bajo consumo energético. Como esa fue la tesis doctoral del autor, que vivió 9 meses en ese periodo en Cuba, describe con precisión sus luces y sombras, admitiendo que si bien disminuyó drásticamente el consumo de petróleo que no podían pagar, y evitó la hambruna generalizada que se bordeó repetidamente, no consiguió ni de lejos la autonomía alimentaria. Si bien consiguió bajar el uso de los combustibles fósiles en la producción agraria, la convirtió en exportadora de crudo de baja calidad, reinsertó a Cuba en el mercado capitalista internacional al quitarle su paraguas ruso, cuadrando su economía con las remesas del exterior y el turismo, trajo un salto en la desigualdad social y en la ampliación del mercado negro, y mantuvo o amplió el carácter antidemocrático, dictatorial de su estado. Nada que ver con la vuelta a la arcadia cooperativa rural, refugio de concienciados que aparece como alternativa de futuro en los discursos colapsistas.

Y llegamos a la reivindicación de la construcción de la esperanza. Citando de nuevo: "*La historia nunca nos obliga, de manera desnuda, a pelear. El conflicto siempre implica un gesto moral de ruptura, de rechazo*". El lugar del diagnóstico del colapso en esta construcción es recordarnos la urgencia de actuar: "*En un momento histórico como el del Antropoceno, en el que apenas hay victorias de nuestras fuerzas productivas que no sean al mismo tiempo victorias de las fuerzas de la autodestrucción, es normal y hasta sano que esta conciencia de los límites adquiera una gradación tremendista*". Pero "*Si queremos tener éxito en la receta de la transición ecológica, en términos de cantidades, el colapsismo es mucho más condimento que ingrediente base*".

Porque no es en el terreno de los datos donde se juega la construcción de la esperanza. Citando de nuevo: "*un tiempo en el que la ofensiva global de la extrema derecha ha llevado la vieja herramienta de la desinformación propagandística a una escala y una capacidad de incidencia completamente nuevas... El votante de extrema derecha no se cree una noticia porque esta sea verdadera o falsa, se la cree porque quiere creérsela*" (p.165).

Pues es la pulsión por el futuro posible, alimentado por las victorias concretas, la que mueve el motor de la transformación social: "*La política no se arma alrededor de la dicotomía verdad-mentira. Se arma en la tensión verdad-deseo-expectativas frustradas/cumplidas*" (p. 166). "*Las utopías no solo exploran el 'novum'. Literalmente lo producen*" (p. 169). "*Inengañables e indeseñables. Esta es la aleación efectiva de la que siempre está hecho el impulso emancipador y que el ecologismo deberá hacer suya*" (p. 170). "*La esperanza no es lo último que se pierde. La esperanza y si es creíble mejor es lo primero que se gana*" (p. 173).

La parte más débil del libro es la de la concreción de las alternativas inmediatas a plantear, la forma en la que hacer del inevitable decrecimiento un programa atractivo. El catálogo del *qué hacer* es tan amplio y tiene tantos apartados que no se puede pedir a un libro ser la biblia del conjunto. Lo que cuenta, sin embargo, sí está en la línea de lo que hay que hacer hoy día: "*descongestionar nuestra relación con la biosfera, dejar de violentar los límites planetarios, frenar los ritmos, reducir los consumos ajustándolos a un nuevo esquema de necesidades y desescalar las estructuras. En definitiva, decrecer*" (p. 176).

Frente a la crítica a esta "autocontención fuerte" por el "ansia de conquista y novedad, que reside en lo más profundo del alma humana" el autor propone sacar dicha ansia de trascendencia del egoísmo y codicia rampante propios del "frenesí bulímico del capitalismo" y devolverlos a su terreno

natural, el de lo común a los seres humanos. Pues este ansia nos debe llevar al deber de *"construir un futuro para nuestra especie, asegurando la continuidad de la vida humana civilizada, ampliando y democratizando las conquistas materiales y políticas que hemos logrado durante la modernidad, en un mundo reintegrado dentro de los límites planetarios"* (p. 177). De forma acertada el autor recoge la valoración de Susan Buck-Morss *"de cómo la caída del muro de Berlín no solo arruinó el horizonte utópico socialista, sino que hizo lo propio también en el Oeste. El colapsismo es hijo de esta desorientación, de esta gran orfandad mitológica"* (p. 178). Sería más preciso considerar que la caída del muro de Berlín es el final de la gran mentira estatista, estalinista, nacionalista, opresora y antilibertaria del comunismo, el "socialismo real" que ha encadenado y emborronado la construcción del futuro humano en el siglo XX, devolviéndonos al capitalismo integrado de partida. Pero es cierto que nos ha dejado *"una sociedad emocionalmente punk. El no future es ya una obviedad resignada"* (p. 179).

En el apéndice autobiográfico, honesta declaración en la que aparecen la posición actual y la historia del autor, encontramos otras reflexiones de interés. Se reconoce hijo de la oleada que, desde posiciones colapsistas anarquistas nació con el "no a la guerra" y maduró con el proceso de la toma del espacio público del 15M, la construcción de Podemos y la gestión de responsabilidades públicas con las enseñanzas en materia de pactos, transformaciones y engaños que acarrea.

Haber vivido un proceso de cambio histórico, ser políticamente hijo de una oleada nos marca con la conciencia del *Sí se puede*. En el libro se hace una enumeración de las victorias del ecologismo, que es cierto que no son pocas. Yo soy hijo de la oleada del 68 y de la lucha antifranquista, como muchos de los que compartimos Trasversales, y cuando despertamos a la lucha no había informes de impacto ambiental, ni reciclaje ni

conceptos como la huella de carbono. El protocolo internacional de eliminación de gases productores del agujero del ozono es un ejemplo y un hito del camino a seguir, un botón de muestra. Y es evidente que la Unión Europea ha sido hasta ahora el espacio geopolítico a la vanguardia en la lucha contra el cambio climático. Ha habido avances, aunque el tren va a toda velocidad hacia el desastre.

También los años enseñan que la historia a veces va hacia adelante y a veces hacia atrás. Cito de nuevo: *"Como describe Prizigatti, en 1950, el director general de General Motors ganaba 586.000 dólares anuales y pagaba 430.000 en impuestos... En los años 50 los millonarios abandonaban sus mansiones porque no podían mantenerlas"* (p. 191). Los elementos que soportaban esa época eran muchos, como el recuerdo de la ciega desregulación liberal que precipitó la crisis de 1929, la reconstrucción tras la II guerra mundial, la derrota de la extrema derecha que abrió el actual interregno, una fuerte movilización sindical, el torrente del petróleo barato, la imagen de un amenazador socialismo que podía ser atractivo. Con esta fase acabó y ayudó al desmoronamiento de los estados estalinistas, relativamente autónomos frente al mercado internacional.

Los elementos que soportan nuestra época son diferentes, pero mucho más potentes. No es posible una vuelta a normalidades pasadas tras el crack del 2008 y la pandemia. La cara del neoliberalismo es, hoy día, la extrema derecha, sea en India, en Rusia, en Israel o en Argentina. Son la expresión de la aceleración, maquinistas del tren desbocado hacia los 4-5 grados más de temperatura media del planeta y la pérdida de biodiversidad. Niegan que sea verdad, pero aceleran su llegada. Como decía Groucho Marx: "Más madera, que es la guerra". Y traen guerras, soplan el fuego de la violencia.

Las enseñanzas de la pandemia son muchas, pero si hay que marcar las más

importantes; la primera es el inevitable recurso a la coerción estatal ante las amenazas graves. Más estado y no menos frente a las crisis. La segunda es la categorización de qué es lo importante y lo secundario para la sociedad. Sanidad, producción de alimentos, industria básica y el transporte inevitable dada la concentración de la población en urbes. Caídas del 20% del PIB se soportaron sin colapso generalizado, por el recurso coordinado a la intervención pública. El dinero necesario se creó. Cito: *"Desde cualquier punto de vista, detener la economía global supeditándola al imperativo del bien común ha sido un precedente impresionante. Algo que hasta marzo de 2020 podía parecer utópico"* (p. 194).

Del relato de las conquistas y de las caracterizaciones de los avances en la conciencia ecologista de la década 2010-2020, con el surgimiento de nuevos líderes, iconos internacionales como Greta Thunberg o el aumento de la conciencia e inquietud por el deterioro civilizatorio incesante, recojo la cita que me pareció más interesante: *"Antes de que cualquier transformación sea posible en la escala de las estructuras se debe liderar cultural, moral e intelectualmente. Después, las fuerzas transformadoras deben ser capaces de disputar el poder político desnudo, ser competentes en la lucha por el Estado y mantenerse en él durante periodos de tiempo largos. Y finalmente, desde el poder político y las herramientas que este otorga, en un plazo medio volver a la disputa cultural, pero esta vez no con las palabras sino con las políticas públicas que producen inconscientemente una visión del mundo: desde el urbanismo a la educación pasando por el mercado laboral o las normativas comerciales"*.

Ojalá fuera tan fácil. La narrativa de tener tiempo, poder explicar, volver a la disputa cultural, etc., muestra la secuencia de un proceso reformista de cambio, mirándolo a toro pasado. El relato de lo que ha ocurrido en otros procesos históricos, y el propio concepto de toma del Estado muestran que

no es que no haga falta, es que aparece mucho más complicado de lo que se cita. De entrada porque si no tomamos TODOS los Estados no hay manera de domeñar los mercados. Es un proceso internacional por definición.

Es indiscutible que se está disputando la batalla cultural, moral e intelectual. Pero las fuerzas transformadoras están, estamos siendo incapaces de disputar el poder político desnudo. Eso está aún lejos. Hay una tremenda debilidad a pesar de que el catálogo de lo que está mal está razonablemente avanzado. Vivimos en el tiempo de los Estados nacionales y los mercados internacionales, en las que las conquistas serán parciales y limitadas hasta que no cambiemos la estructura de poder internacional que limita severamente cualquier cambio efectivo. Estamos parando agresiones en el mejor de los casos. Solo articular lo que significaría una gestión sostenible de la entrada de insumos a una gran ciudad y del reciclaje de la basura que produce muestra lo lejos que estamos, la profundidad de hasta dónde hay que actuar.

Por el reparto de la capacidad de carga de la especie humana

Es la alternativa a plantear a lo que cuenta hoy día el Capital: los límites no existen, no tienen importancia, mejor no medirlos, sigamos acumulando, derrochando, rompiendo y matando.

Y pasa por un uso masivo de la información para que nuestra acción individual en el mercado no nos permita mirar hacia otra parte. Hoy somos muchos los que mientras podamos no compramos nada producido en Israel. Pero igual que los periódicos no están obligados por ley a corregir sus titulares falsos en "mismo lugar, mismo tipo de letra, misma intensidad, cuanto antes", los productores de mercancías no están obligados a detallar la huella en el planeta de cada elemento entregado al mercado. Podemos comparar el efecto sobre el planeta del puente de Alcántara sobre el Tajo construido en tiempos de los emperadores Augusto

o Trajano, hace 1900 años, y el de un neumático cualquiera de cualquier vehículo actual que llena de microplásticos su camino de rodadura, por la fricción sobre cemento o asfalto a lo largo de su vida útil. La clave es cambiar la visión, mirar de otra manera, mirar el universo con los ojos del universo, los ojos de Gaia. Necesitamos herramientas que nos ayuden a desvelar las falsedades, trampas y desajustes en la construcción del precio de mercado de cosas, servicios y actos. Necesitamos llevar la cuenta en energía, pérdida de biodiversidad, envenenamiento y pérdida de capital natural, en la eliminación de posible uso futuro a nivel de detalle, a nivel micro. La tecnología lo permite hoy día, es la falta de voluntad política lo que nos impide desvelar a los ojos de todos los componentes reales. Debemos alumbrar una forma diferente de ver que corresponde a una moral social diferente, la moral de la conciencia de especie. Solo actuando como si ya no estuviéramos en el capitalismo de destrucción, explotación, producción y consumo irresponsables le podremos poner fin.

En los años 30, ante la crisis del 29 y el paro masivo, surgió la consigna del reparto del trabajo entre los brazos disponibles. Ser conscientes de la finitud de nuestro planeta, de sus límites nos debe llevar al reparto de nuestra posible huella como especie entre todos los seres humanos, porque la gran mayoría está dentro de sus límites. Un mercado de huella de carbono y biodiversidad para distribuir lo que nos permite la tierra, que es limitado.

Existen varias App en la red para calcular la huella de carbono, la discusión no es su viabilidad técnica. Un paso importante sería que estuviera disponible por normativa en la etiqueta, con un código QR y un juego de colores que ayudara a crear el rechazo social. Pues el cuestionamiento de nuestra actividad cotidiana, y la vuelta a la armonía con el bioma en que estamos insertos tiene múltiples vías, pero la batalla por el relato debe bajar a la cotidianidad, para generar el músculo social que hoy día

no tenemos, mientras la consciencia de estar en los peores escenarios de lo previsto hace 50 años crece sin que veamos la salida.

La salida la tenemos al lado, está ahí, pero implica un cambio radical de comportamiento a nivel de especie humana que da miedo y al que no queremos mirar de frente. Además de la labor de educación, de la crítica y de predicar con el ejemplo, debemos luchar con la evidencia, con la ciencia, contra los explotadores, y en este caso muchos de nuestros hábitos lo son. No basta, no vale con decir que el capitalismo es el culpable, hay que desmontar la relojería de precisión del Capital, de entrada discutiéndole sus unidades de medir, el carácter de sus mercancías, hay que pagar por las maldades, como el porcentaje de cada basura en cada mercancía, la parte que no se recicla de la misma, su toxicidad, o el exceso de energía en cada vida sistémica de cada mercancía. A nuestro sistema hay que cargarle sus costes en este momento, olvidarnos de meter bajo la alfombra sus costes futuros, y hay que cambiar el monedero del dinero por el de cuanto nos podemos gastar cada humano de lo que la tierra nos permite, y no solo porque se lo queden cuatro, no solo porque sea injusto e indigno, es que es insostenible y cada día más. La ilusión de ser muy rico para poder acumular mucho en un corto periodo de vida, generando mucha pobreza entre otros humanos, en destrozo del planeta o en miseria para los nietos, queda desnuda y rota si la miramos con una visión de planeta, si lo medimos en capital natural, en riqueza natural, en potencial de generación de bienestar, de estar bien, en armonía. En nuestro sistema capitalista los beneficios no pueden tener límite pero el equilibrio que nos sustenta en la tierra sí lo tiene. Debemos perseguir a los que lo rompen como se persigue a los que usan la violencia de forma ilegítima contra otros humanos.

La pregunta es en qué gastamos el capital que tenemos, lo que nos permite la tierra que dilapidamos año por año. Debemos

formular un sistema operativo factible para los que somos. Los 8000-9000 millones, ¿cuánta carne y pescado y de qué tipo de carne podemos comer? ¿Cuánta urea podemos producir para mantener la productividad agrícola dopada que nos sustenta? ¿Cuántos medicamentos y cuáles? ¿Cuánto transporte? ¿cuantos teléfonos móviles, satélites de comunicaciones, procesadores?

Repartir la huella sostenible de nuestra especie en el planeta como crédito en reparto anual entre todos los humanos y comerciar con los posibles ahorros, que los pobres pudieran cobrar por lo que no gastan para que otros pudieran producir lo necesario es técnicamente viable, y sería un paso hacia un mundo diferente. Debería hacerse sobre base humana, no sobre base estatal empresarial como está hoy día el mercado de huella del carbono. Pero medidas como subvencionar el transporte colectivo pagándolo con impuestos a lo que debemos eliminar, como coches o aviones particulares, van en esa dirección. Y no solo es posible, hay que hacerlo cuanto antes.

La voz de la humanidad es hoy políticamente imposible

Nuestra era nació políticamente en 1945, tras la derrota de los totalitarismos de extrema derecha, con la ONU y la Declaración Universal de los derechos humanos. A día de hoy, los derechos humanos son pisoteados por múltiples organizaciones criminales, entre las que las peores son los estados criminales. ¿Quién es más dañino, el estado talibán de Afganistán, la falta de estado de la República Centrafricana, la Rusia de extrema derecha de Putin o el Estado de apartheid de Israel? ¿Qué peso tiene hoy día la opinión de la mayoría de los seres humanos? ¿Es que puede articularse un futuro sin que la opinión del conjunto de los humanos, cuajada en decisiones directas, sea operativa?. Solo una democracia planetaria operativa, todo lo consultiva que se plantee inicialmente, nos puede salvar.

La reforma de la ONU es tarea inmediata, porque es el techo que impide acabar con lo que está mal por acuerdo internacional. No hay solución en Palestina sin eliminar el derecho de veto del Consejo de Seguridad de la ONU, y no habrá velocidad de cambio hasta que los referendos internacionales de los seres humanos sean operativos. Funcionan en muchos países, Suiza o EEUU son ejemplos, están reconocidos en muchas constituciones. Es perfectamente posible lanzarlos a nivel internacional. Basta con que los ampare la ONU, aunque los estados nacionales no los reconozcan, todos estamos conectados a la red, todos tenemos teléfonos móviles: son las mediaciones las que separan el futuro ecofascista de futuro, comida, agua, seguridad para los que puedan pagar su particular condominio y sus guardias de seguridad o el estado militar que les defiende frente al resto, y de un futuro para todos. El futuro ecofascista no tiene futuro ni para los de dentro del condominio, solo multiplica el dolor para todos. Hay que pelear paso a paso las mediaciones que nos ayuden a construir la conciencia de especie, el patriotismo de Gaia, nuestra reinserción vital en la realidad cósmica de la que no podemos salir, en la que estamos insertos por mucha realidad inmersiva televisiva, de redes sociales o ideología particular que nos obnubile el entendimiento. Lo más inmediato que tenemos que hacer es parar las guerras y acabar con el veto de los cinco en la ONU. La tragedia del pueblo palestino, responsabilidad directa del llamado mundo occidental libre, marca hoy día en Gaza cuanta guerra, cuanto dolor, cuanta muerte y destrucción nos aguardan. La paz y el desarme son condiciones previas para que la especie humana tenga futuro. En el modelo de los límites de crecimiento no había salida sin ellos.

Por la gran confluencia de los cambios

En lo concreto, por el movimiento y la auto-organización, por un futuro inclusivo en la construcción de la transición decrecentista.

De entrada negar la ilusión de que un partido ecoleninista, vanguardia de monjes puros, pudiera dirigir el proceso de cambio y regir el planeta en armonía con el ecosistema. Todo nuestro saber hará falta para poder coexistir, entre nosotros y con el resto de la vida, pero ya Rosa Luxemburg describió a Lenin y Trotski en 1918 donde iban con la vanguardia revolucionaria y la dictadura del proletariado. Los contra-ejemplos de atajos que no nos sacan del sistema planetario capitalista en que estamos inmersos han teñido de sangre el siglo XX y han empañado las gafas de la esperanza en un futuro mejor.

Que no quede nadie atrás, el futuro es inclusivo o no lo hay para nadie. Es la lucha por la inclusión la que hará abrir los ojos y ampliar el campo de los nuestros; no nos engañemos, la nuestra es una batalla moral por una forma diferente de comportamiento social. Habremos ganado el día en que todos los humanos pensemos en las siete generaciones futuras en cada acto de nuestra vida, en que el estudio de impacto ambiental de cada decisión de cada gestor empresarial, organizativo o estatal sea un hábito, en el que tengamos el policía de nuestra inmersión en el universo dentro de la cabeza. Precisamente por ser una batalla moral eminentemente práctica, cotidiana, y dado el carácter universal, transversal del sistema, el Sur ya está dentro de las sociedades del Norte, la exclusión y el peso de los migrantes crece en el Norte, la miseria del Sur llega hasta el Norte. La historia de los flujos de capital que están detrás de cada emigrante que consigue llegar, y de los que quedan en el camino, así lo cuenta. El coste de poner un trabajador sin papeles en nuestra Europa o en EEUU es una forma añadida de extracción y acumulación hacia el centro capitalista.

Por eso la lucha contra las exclusiones sociales, y por las transferencias y ayudas para que nadie quede atrás, van a ser crecientemente importantes, porque la pobreza crece y va a crecer más en la crisis que se avecina. En los últimos 10 años el patri-

monio del 25% más pobre de la población española ha pasado de positivo a negativo. Hoy día tienen en promedio más deudas que bienes. 700.000 desahucios explican el cambio. La lucha contra la exclusión social es un punto de enfrentamiento defensivo frontal con el neoliberalismo en el que nos jugamos la construcción del sujeto transformador del sistema. Una forma de la renta básica universal, la que será su forma futura, es el crédito anual personal para cada humano de lo que nos permite la coexistencia con la tierra.

La batalla central está en la ciudades, la batalla por la organización humana es internacional, el campo industrial debe renaturalizarse, la industria debe minimizarse, las ciudades deben llenarse de naturaleza, de huertos urbanos, de protección vegetal. Moratoria de nuevas construcciones, de nuevas alturas en las construcciones existentes, de nuevas pavimentaciones, de nuevos coches, minimización de la basura, minería urbana, reutilización. Todos los cambios históricos han irradiado desde las ciudades al campo, hoy día con más de la mitad de la humanidad viviendo en urbes, con más motivo. Lo dramático es que este cambio es de la renaturalización, el de que los urbanitas re-aprendamos a estar en la tierra, a vivir ligados al continuo de la vida del planeta.

Caminemos hacia una gran confluencia internacional de defensa de condiciones de vida y defensa del territorio, de afirmación del valor de la vida. En ese calor debemos forjar la organización que hoy no tenemos.

Notas

1. vientosur.info/a-proposito-de-contra-el-mito-del-colapso-ecologico-un-libro-mal-orientado